

La historia
oral

W. Moss,
A. Portelli,
R. Fraser
y otros

Introducción,
y selección de textos:
Dora Schwarzstein



Centro Editor de América Latina

LOS FUNDAMENTOS DE
LAS
CIENCIAS DEL HOMBRE

LO QUE HACE DIFERENTE A LA HISTORIA ORAL*

Alessandro Portelli

"Sí", dijo la señora Oliver, "y cuando mucho tiempo después hablan del asunto, tienen una solución que ellos mismos han elaborado. Eso no es demasiado útil, ¿verdad?". "Es útil", dijo Poirot... "Es importante conocer ciertos datos que han perdurado en la memoria de las personas aunque ellas no puedan saber exactamente cuál fue el hecho, por qué sucedió o qué llevó a él. Pero pueden muy bien saber algo que nosotros no sabemos y que no tenemos modo de conocer. Ha habido recuerdos que han llevado a teorías..."

Agata Christie

Los elefantes recuerdan

Sus investigaciones históricas, sin embargo, no fueron realizadas tanto entre libros como entre hombres: porque los primeros son lamentablemente escasos respecto de sus temas favoritos, mientras que él descubrió que los viejos vecinos, y aun más sus esposas, son ricos en ese saber legendario, tan invaluable para la verdadera historia. Así, cada vez que daba con una genuina familia holandesa, cómodamente encerrada en su casa de campo de techo bajo, a la sombra de un coposo sicómoro, la miraba como a un pequeño volumen cerrado en letra gótica y la estudiaba con el entusiasmo de un ratón de biblioteca.

Washington Irving
"Rip Van Winkle"

* Alessandro Portelli, *The death of Luigi Trastulli and other stories. Form and meaning in oral history*, New York, State University of New York Press, 1991, págs. 45-58. Una primera versión, "Sulla specificità della storia orale" apareció en *Primo Maggio* (Milán, Italia) 13 (otoño, 1979), 45-60; fue reeditado como "On the peculiarities of oral history" en *History Workshop Journal* (Oxford, Inglaterra) 12 (primavera, 1981), 96-107.

Recuerdos que llevan a teorías

Un espectro ronda los salones de la academia: el espectro de la historia oral. La comunidad intelectual italiana, siempre recelosa de las novedades del exterior —y sin embargo tan subordinadas a los "descubrimientos extranjeros"— se apresuró a recortar la historia oral aun antes de tratar de entender qué es y cómo se la usa. El método empleado ha sido el de cargar a la historia oral con pretensiones que no posee, para tranquilizar la mente de todos rechazándolas. Por ejemplo, *La Repubblica*, el periódico italiano de orientación más intelectual e internacional de cuantos se publican en Italia, se apresuró a desechar las "descripciones 'desde abajo' y los paquetes artificiales de 'historia oral' donde se supone que las cosas se mueven y hablan por sí mismas", sin siquiera detenerse a advertir que no se trata de cosas sino de *personas* (si bien personas a menudo consic eradas no más que "cosas") que la historia oral espera que "se muevan y hablen por sí mismas".¹

Parece existir el temor de que una vez que se abren las compuertas de la oralidad, la escritura (y con ella la racionalidad) será expulsada por una masa espontánea e incontrolable de material fluido y amorfo. Pero esta actitud nos ciega al hecho de que nuestro temor reverencial por la escritura ha distorsionado nuestra percepción del lenguaje y de la comunicación al punto que ya no entendemos ni la oralidad ni la naturaleza de la escritura misma. En realidad, las fuentes escritas y orales no son mutuamente excluyentes. Tienen características comunes así como autónomas y funciones específicas que sólo cada una puede cumplir (o que un conjunto de fuentes cumple mejor que otro). Por lo tanto, requieren instrumentos interpretativos diferentes y específicos. Pero la subestimación y la sobreestimación de las fuentes orales terminan por anular cualidades específicas, convirtiendo a estas fuentes ya en meros apoyos para las fuentes escritas tradicionales ya en una cura ilusoria para todos los males. Este capítulo tratará de sugerir algunos de los modos en que la historia oral es intrínsecamente diferente y por lo tanto específicamente útil.

La oralidad de las fuentes orales

Las fuentes orales son fuentes *orales*. Los estudiosos están dispuesto a admitir que el documento real es la cinta grabada, pero casi todos trabajan con las transcripciones y son sólo las transcripciones las que se publican.² En ocasiones, las cintas se destruyen: un caso simbólico de la destrucción de la palabra hablada.

La transcripción convierte los objetos orales en visuales, lo que inevitablemente implica cambios e interpretación. La diferente eficacia de las grabaciones, comparadas con las transcripciones —por ejemplo, para los fines del aula— sólo puede apreciarse mediante la experiencia directa. Esta es una de las razones por las cuales creo que es innecesario darle una atención excesiva a la búsqueda de métodos nuevos y más inmediatos de transcripción. Esperar que la transcripción reemplace a la cinta para los fines científicos equivale a hacer crítica de arte con reproducciones o crítica literaria con traducciones. La traducción más literal casi nunca es la mejor y una traducción verdaderamente fiel siempre implica cierta cantidad de invención. Otro tanto puede decirse de la transcripción de fuentes orales.

El desprecio de la oralidad de las fuentes orales tiene un peso directo sobre la teoría interpretativa. El primer aspecto que suele acentuarse es el origen: las fuentes orales nos dan información sobre personas o grupos sociales analfabetos cuya historia escrita falta o está distorsionada. Otro aspecto concierne al contenido: la vida cotidiana y la cultura material de esas personas o grupos. Sin embargo, no son específicas de las fuentes orales. Las cartas de los emigrantes, por ejemplo, tienen el mismo origen y contenido, pero son escritas. Por otra parte, muchos proyectos de historia oral han reunido entrevistas con miembros de grupos sociales que usan la escritura y se han ocupado de tópicos habitualmente cubiertos por el material de archivo escrito estándar. Por lo tanto, origen y contenido no son suficientes para distinguir las fuentes orales de la variedad de fuentes empleadas por la historia social en general; así, muchas teorías de la historia oral son, en realidad, teorías de la historia social en su conjunto.³

En la búsqueda de un factor diferenciador, debemos volvernos en primer lugar a la forma. No necesitamos repetir

acá que la escritura representa el lenguaje casi exclusivamente por medio de rasgos segmentarios (grafemas, sílabas, palabras y oraciones). Pero el lenguaje también está compuesto por otro conjunto de rasgos, que no pueden ser contenidos dentro de un solo segmento pero que también son portadores de significado. La variedad de tono y volumen y el ritmo del habla popular llevan un significado implícito y connotaciones sociales que no son reproducibles por escrito, salvo, y enonces en forma inadecuada y poco accesible, como notación musical.⁴ La misma declaración puede tener significados muy contradictorios, según la entonación del que habla, lo que no puede representarse objetivamente en la transcripción sino describirse aproximadamente en las propias palabras del transcriptor.

Para hacer legible la transcripción, habitualmente es necesario incluir signos de puntuación, que son siempre un agregado más o menos arbitrario del transcriptor. La puntuación indica pausas distribuidas de acuerdo con reglas gramaticales: cada signo tiene un lugar, un significado y una extensión convencionales. Estos casi nunca coinciden con los ritmos y pausas del sujeto que habla y, por lo tanto, terminan por confinar el discurso dentro de reglas gramaticales y lógicas que no sigue necesariamente. La extensión exacta y la ubicación de la pausa tiene una función importante en el entendimiento del significado del discurso. Las pausas gramaticales regulares tienden a organizar lo que se dice en torno de un modelo básicamente expositivo y referencial, mientras que las pausas de extensión y ubicación irregulares acentúan el contenido emocional y las pausas muy pesadas y rítmicas recuerdan el estilo de las narraciones épicas. Muchos narradores pasan de un tipo de ritmo a otro dentro de la misma entrevista, a medida que cambia su actitud hacia los temas que se están tratando. Por supuesto, eso sólo puede percibirse escuchando, no leyendo.

Otro tanto puede decirse respecto de la velocidad del habla y sus cambios durante la entrevista. No hay reglas interpretativas fijas: la desaceleración puede significar mayor énfasis así como mayor dificultad, y la aceleración puede demostrar un deseo de pasar por alto ciertos puntos, así como una mayor familiaridad o comodidad. En todos los casos, el análisis de los cambios en la velocidad debe combinarse con el análisis del ritmo. Los cambios son la

norma en el habla, mientras que la regularidad es la norma en la escritura (impresa sobre todo) y la presunta norma de la lectura: el lector introduce las variaciones, no el texto mismo.

No es una cuestión de pureza filológica. Los rasgos que no pueden ser contenidos dentro de segmentos son el sitio (no exclusivo, pero muy importante) de las funciones narrativas esenciales: revelan las emociones de los narradores, su participación en la historia y el modo en que la historia los afectó. A menudo esto implica actitudes que los hablantes pueden no ser capaces de (o estar dispuestos a) expresar de otra manera, o elementos que no están plenamente dentro de su control. Aboliendo estos rasgos, achatamos el contenido emocional del habla hasta que alcanza la supuesta ecuanimidad y la objetividad del documento escrito. Esto puede agudizarse cuando participan informantes del pueblo: pueden tener un vocabulario pobre pero a menudo son más ricos en variedad de tono, volumen y entonación que los hablantes de clase media que han aprendido a imitar en el habla el tono parejo de la escritura.⁵

La historia oral como narración

Las fuentes históricas orales son fuentes narrativas. Por lo tanto, el análisis de los materiales de la historia oral debe valerse de algunas de las categorías generales desarrolladas por la teoría de la narrativa en la literatura y el folklore. Esto es tan cierto del testimonio dado en las entrevistas libre como de los materiales del folklore organizados más formalmente.

Por ejemplo, algunas narraciones contienen cambios sustanciales en la "velocidad" de la narración, es decir, en la proporción entre la duración de los acontecimientos descritos y la duración de la narración. Un informante puede contar en pocas palabras experiencias que duraron un tiempo largo, o demorarse largamente en episodios breves. Las oscilaciones son significativas, aunque no podemos establecer una norma general de interpretación: demorarse en un episodio puede ser un modo de acentuar su importancia, pero también una estrategia para distraer la atención

de otros puntos más delicados. En todos los casos hay una relación entre la velocidad de la narración y el significado del narrador. Lo mismo puede decirse de otras categorías entre aquellas elaboradas por Gérard Genette, tales como "distancia" o "perspectiva", que definen la posición del narrador hacia la historia.⁶

Las fuentes orales de clases no hegemónicas están vinculadas con la tradición de la narrativa folk. En esta tradición, las distinciones entre géneros narrativos se perciben de manera diferente que en la tradición escrita de las clases educadas. Esto se verifica en la distinción genérica entre narrativas "factuales" y "artísticas", entre "acontecimientos" y sentimiento o imaginación. Mientras la percepción de un relato como "verdadero" es relevante tanto para la leyenda como para la experiencia personal y la memoria histórica; las narraciones históricas, poéticas y legendarias a menudo se mezclan de manera inextricable.⁷ El resultado son las narrativas en que el límite entre lo que tiene lugar fuera del narrador y lo que sucede dentro, entre lo que le concierne al individuo y lo que concierne al grupo, puede tornarse más alusivo que en los géneros escritos establecidos, de modo que la "verdad" personal puede coincidir con la "imaginación" compartida.

Cada uno de estos factores puede revelarse mediante factores formales y estilísticos. La mayor o menor presencia de materiales formalizados (proverbios, canciones, fórmulas y estereotipos) puede medir el grado en que existe un punto de vista colectivo dentro de la narrativa de un individuo. Estos cambios entre el lenguaje estándar y el dialecto a menudo son un signo de la clase de control que tienen los habitantes sobre la narrativa.

Una estructura típica recurrente es aquella en la que se usa el lenguaje estándar en general mientras que el dialecto aparece en digresiones o anécdotas, coincidiendo con una participación más personal del narrador o (como cuando las presencias del dialecto coinciden con el lenguaje formalizado) la intrusión de la memoria colectiva. Por otra parte, el lenguaje estándar puede surgir en una narrativa en dialecto cuando los temas están más estrechamente relacionados con la esfera pública, como la política. Nuevamente, esto puede significar tanto un grado más o menos consciente de separación, como un proceso de "conquista" de una forma más "educada" de expresión que comienza con la participa-

ción en política.⁸ A la inversa, la dialectización de los términos técnicos puede ser un signo de la vitalidad del habla tradicional y del modo en que los hablantes se esfuerzan por ampliar la variedad expresiva de su cultura.

Acontecimientos y significado

Lo primero que hace que la historia oral sea diferente, entonces, es que nos dice menos sobre los acontecimientos que sobre su significado. Esto no implica que la historia oral no tenga validez factual. Las entrevistas suelen revelar acontecimientos desconocidos o aspectos desconocidos de acontecimientos conocidos: siempre arrojan nueva luz sobre áreas inexploradas de la vida cotidiana de las clases no hegemónicas. Desde este punto de vista, el único problema que plantean las fuentes orales es el de la verificación (al que volveré en la sección siguiente).

Pero el elemento singular y precioso que las fuentes orales imponen al historiador, que ninguna otra fuente posee en igual medida, es la subjetividad del hablante. Si el enfoque de la investigación es amplio y lo bastante articulado, puede surgir una sección transversal de la subjetividad de un grupo o de una clase. Las fuentes orales nos dicen no sólo lo que hizo la gente sino lo que deseaba hacer, lo que creían estar haciendo y lo que ahora piensan que hicieron. Las fuentes orales pueden no agregar mucho a lo que sabemos, por ejemplo, del costo material de una huelga para los trabajadores participantes; pero nos dicen mucho sobre los costos psicológicos. Tomando una categoría literaria de los formalistas rusos, podríamos decir que las fuentes orales, en especial de los grupos de hegemónicos, son una muy útil integración de otras fuentes en lo que concierne a la fábula —la secuencia lógica, causal, de la historia—; pero se tornan únicas y necesarias por su argumento, el modo en que los materiales de la historia son ordenados por los narradores para contar la historia.⁹ La organización de la narrativa revela mucho de las relaciones de los hablantes con su historia.

La subjetividad es asunto de la historia tanto como lo son los "hechos" más visibles. Lo que creen los informantes es

en verdad un hecho histórico (es decir, el hecho de que ellos lo crean), tanto como lo que realmente sucedió. Cuando los trabajadores de Terni ubican mal un acontecimiento crucial de su historia (la muerte de Luigi Trastulli) de una fecha y un contexto a otro, esto o arroja dudas sobre la cronología real, pero nos obliga a reordenar nuestra interpretación de una entera fase de la historia del pueblo. Cuando un viejo líder de masas, también en Terni, sueña una historia acerca de cómo casi consigue que el partido Comunista revierta su estrategia después de la Segunda Guerra Mundial, no revisamos nuestras reconstrucciones de los debates políticos dentro de la izquierda, sino que nos enteramos de la magnitud del costo real de ciertas decisiones para esos activistas de las masas que debieron sepultar en su subconsciente sus necesidades y deseos de revolución. Cuando descubrimos que en otras partes del país se cuentan historias semejantes, reconocemos un complejo legendario semiformado en el cual las "divagaciones seniles" de un anciano decepcionado revelan mucho acerca de la historia de su partido que o se expresa en las memorias extensas y lúcidas de sus líderes oficiales.¹⁰

¿Debemos creer en las fuentes orales?

Las fuentes orales son creíbles pero con una credibilidad diferente. La importancia del testimonio oral puede residir no en su adherencia al hecho, sino más bien en su alejamiento del mismo cuando surge la imaginación, el simbolismo y el deseo. Por lo tanto, no hay fuentes orales "falsas". Una vez que hemos verificado su credibilidad factual con todos los criterios establecidos de la crítica filológica y la verificación factual requeridos por todos los tipos de fuentes, la diversidad de la historia oral consiste en el hecho de que las declaraciones "equivocadas" son psicológicamente "verídicas" y que esa verdad puede ser igualmente importante como los relatos factualmente confiables.

Por supuesto, esto no significa que aceptemos el prejuicio dominante que ve la credibilidad factual como un monopolio de los documentos escritos. Muy a menudo, los documentos escritos son sólo la trasmisión no controlada de fuentes

orales no identificadas (como en el caso del informe sobre la muerte de Trastulli, que comienza: "De acuerdo con la información verbal tomada..."). El pasaje de esas "fuentes-ur" orales al documento escrito suele ser el resultado de procesos que no tienen credibilidad científica y que a menudo están cargados de sesgo clasista. En los registros de juicios (al menos en Italia, donde no se les reconoce ningún valor legal a las transcripciones taquigráficas o de cintas grabadas), lo que se registra no son las palabras realmente pronunciadas por los testigos, sino un resumen dictado por el juez al escribiente. La distorsión inherente a tal procedimiento supera toda evaluación, en especial cuando los hablantes se han expresado originalmente en dialecto. Sin embargo, muchos historiadores que desprecian las fuentes orales aceptan esas transcripciones legales sin formular ninguna pregunta. En menor medida (gracias al uso frecuente de la taquigrafía), esto corresponde a los registros parlamentarios, a las minutas de encuentros y convenciones y a las entrevistas publicadas en periódicos: todas fuentes que son usadas legítima y ampliamente en la investigación histórica estándar.

Un subproducto de este prejuicio es la insistencia en que las fuentes orales son distantes de los acontecimientos y por lo tanto sufren la distorsión de la memoria defectuosa. En verdad, este problema existe para muchos documentos escritos, que suelen escribirse algún tiempo después del acontecimiento al que se refieren, a menudo por parte de no participantes. Las fuentes orales pueden compensar la distancia cronológica con una participación personal mucho más próxima. Mientras las memorias escritas de los políticos o de los líderes sindicales gozan de crédito hasta que se demuestra que cometen errores, son tan distantes de algunos aspectos del acontecimiento que narran como lo son muchas entrevistas históricas orales, y sólo ocultan su dependencia del tiempo asumiendo la forma inmutable de un "texto". Por otra parte, los narradores orales tienen ciertas ayudas para la memoria dentro de su cultura. Muchas historias son narradas una y otra vez, o discutidas con miembros de la comunidad; la narrativa formalizada, incluso el metro, pueden ayudar a preservar una versión textual de un acontecimiento.

De hecho, no se debe olvidar que los informantes orales pueden ser también alfabetizados. Tiberio Ducci, un ex líder

de la liga de trabajadores agrícolas de Genzano, en las colinas romanas, puede ser atípico: además de recordar su propia experiencia, también ha investigado en los archivos locales. Pero muchos informantes leen libros y periódicos, escuchan la radio y la televisión, atienden sermones y discursos políticos y guardan diarios personales, cartas, recortes y álbumes fotográficos. La oralidad y la escritura, ya desde hace muchos siglos, no han existido en forma separada: si muchas fuentes escritas se basan en la oralidad, la oralidad moderna misma está saturada de escritura.

Pero lo realmente importante es que la memoria no es un depósito pasivo de hechos, sino un activo proceso de creación de significados. Así, la utilidad específica de las fuentes orales para el historiador no está tanto en su capacidad para preservar el pasado como en los cambios mismos elaborados por la memoria. Estos cambios revelan el esfuerzo de los narradores por darle un sentido al pasado y una forma a sus vidas y colocan a la entrevista y a la narración en su contexto histórico.

Los cambios que pueden haber tenido lugar posteriormente en la conciencia subjetiva personal de los narradores o en su posición socioeconómica pueden afectar si no la narración concreta de acontecimientos anteriores, al menos la evaluación y al modo de "colorear" la historia. Muchas personas son reticentes, por ejemplo, cuando se trata de describir formas ilegales de lucha, por ejemplo el sabotaje. Eso no significa que no las recuerden claramente, sino que ha habido un cambio en sus opiniones políticas, sus circunstancias personales o en la línea de su partido. Por lo tanto, acciones consideradas legítimas e incluso normales o necesarias en el pasado son vistas ahora como inaceptables y literalmente son desechadas de la tradición. En estos casos, la información más preciosa puede estar en lo que ocultan los informantes y en el hecho de que lo oculten, antes que en lo que cuentan.

Sin embargo, con frecuencia los narradores son capaces de reconstruir sus actitudes pasadas aun cuando ya no coinciden con las presentes. Este es el caso de los trabajadores de la fábrica de Terni que admiten que las represalias violentas contra los ejecutivos responsables de los despidos masivos en 1953 pueden haber sido contraproducentes, aunque reconstruyen con gran lucidez por qué parecieron útiles y razonables en su momento. En uno de

los testimonios orales más importantes de nuestra época, *La autobiografía de Malcolm X*, el narrador describe muy vívidamente cómo trabajaba su mente antes de alcanzar su actual percepción y luego juzga su propia personalidad pasada según las pautas de su actual conciencia política y religiosa. Si la entrevista se realiza con habilidad y sus fines son claros para los narradores, a estos no les resulta difícil hacer una distinción entre su personalidad pasada y la presente, objetivando la pasada como diferente de la actual. En estos casos —Malcolm X es nuevamente típico— la ironía es el principal modo narrativo: dos pautas diferentes éticas (o políticas, o religiosas) y narrativas se interfieren y se superponen y su tensión modela la narración de la historia.

Por otra parte, también podemos encontrar narradores cuya percepción parece haberse detenido en momentos álgidos de su experiencia personal: ciertos luchadores de la Resistencia, o veteranos de guerra; y tal vez ciertos militantes estudiantiles de la década del '60. A menudo, esos individuos están totalmente absorbidos por la totalidad del acontecimiento histórico del que fueron parte y su relato asume las cadencias y la formulación de la épica. La distinción entre un estilo irónico y uno épico implica una distinción entre perspectivas históricas, que deben ser tenidas en cuenta en nuestra interpretación del testimonio.

Objetividad

Las fuentes orales no son objetivas. Esto por supuesto corresponde a todas las fuentes, aunque la santidad de la escritura a menudo nos lleva a olvidarlo. Pero la no objetividad inherente a las fuentes orales está en características intrínsecas: específicas, siendo las más importantes el hecho de que son artificiales, variables y parciales.

La introducción de Alex Haly a *La autobiografía de Malcolm X* describe que Malcolm no cambió su enfoque narrativo espontáneamente, sino porque el interrogatorio de su entrevistador lo fue apartando de la imagen exclusivamente pública y oficial de sí mismo y de la Nación del Islam que estaba intentando proyectar. Esto ilustra el hecho de que

los documentos de historia oral son siempre el resultado de una relación, de un proyecto compartido en el cual tanto el entrevistador como el entrevistado están participando, aunque no necesariamente en armonía. Los documentos escritos son fijos, existen sea que tengamos conciencia de ellos o no, y no cambian una vez que los hemos encontrado. El testimonio oral es sólo un recurso potencial hasta que los investigadores le dan existencia. La condición para la existencia de una fuente escrita es la emisión; para las fuentes orales, la transmisión: una diferencia semejante a la descrita por Roman Jakobson y Piotr Bogatyrev entre los procesos creativos del folklore y los de la literatura.

El contenido de la fuente escrita es independiente de las necesidades y las hipótesis del investigador: es un texto estable, que sólo podemos interpretar. El contenido de las fuentes orales, por otra parte, depende en buena medida de cuanto les ponen los entrevistadores en términos de preguntas, diálogo y relación personal.

Es el investigador el que decide que habrá una entrevista, en primer lugar. Los investigadores a menudo introducen distorsiones específicas: los informantes les dicen lo que creen que ellos desearían que les digan y así revelan quién creen que es el investigador. Por otra parte, las entrevistas rigidamente estructuradas pueden excluir elementos cuya existencia o relevancia eran previamente desconocidas para el entrevistador y por lo tanto no fueron contempladas en el programa de preguntas. Tales entrevistas tienden a confirmar el marco de referencia previo del historiador.

El primer requisito, entonces, es que el investigador "acepte" al informante y le dé prioridad a lo que éste desee decir, antes que a lo que el investigador desee oír, dejando toda pregunta no respondida para más tarde o para otra entrevista. Las comunicaciones son siempre en dos sentidos. Los entrevistadores siempre están estudiando, aunque recatadamente, a los entrevistados que los "estudian". Convendría que los historiadores reconozcan este hecho y lo aprovechen en lugar de tratar de eliminarlo en favor de una neutralidad imposible (y tal vez indeseable).

El resultado final de la entrevista es el producto tanto del narrador como del investigador. Cuando las entrevistas, como sucede con frecuencia, se preparan para la publicación omitiendo por completo la voz del entrevistador, se produce una sutil distorsión: el texto da las respuestas sin

las preguntas, lo que lleva a suponer que un narrador dado siempre dice las mismas cosas, con independencia de las circunstancias; en otras palabras, se tiene la impresión de que un hablante está estable y reiterativo como un documento escrito. Cuando se suprime la voz del investigador, la voz del narrador se distorsiona.

El testimonio oral, en realidad, nunca es dos veces igual. Esa es una característica de toda la comunicación oral, pero se verifica en especial en las formas relativamente no estructuradas, como las declaraciones autobiográficas o históricas dadas en una entrevista. Incluso el mismo entrevistador obtiene diferentes versiones del mismo narrador en distintas ocasiones. Cuando los dos sujetos llegan a conocerse mejor, puede atenuarse la "vigilancia" del narrador. La subordinación de clase —tratar de identificarse con lo que cree el narrador que es el interés del entrevistador— puede verse reemplazada por una mayor independencia o por un mejor entendimiento de los propósitos de la entrevista. O una entrevista previa simplemente puede haber despertado recursos que luego son narrados en encuentros posteriores.

El hecho de que las entrevistas con la misma persona puedan continuarse indefinidamente nos lleva a la cuestión del carácter de incompleto propio de las fuentes orales. Es imposible agotar toda la memoria de un informante; los datos extraídos de cada entrevista son siempre el resultado de una selección producida por la relación mutua. La investigación histórica con fuentes orales, entonces, siempre posee la naturaleza inconclusa del trabajo en realización. Para revisar todas las fuentes orales posibles de las huelgas de Terni de 1949 a 1953, se debería entrevistar en profundidad a varios miles de personas: toda muestra sería sólo tan confiable como los métodos de muestreo empleados y nunca podría garantizar que no queden fuera narradores de "calidad" cuyo testimonio solo podría valer por diez testimonios seleccionados estadísticamente.

El carácter inconcluso de las fuentes orales afecta a todas las otras fuentes. Dado que ninguna investigación (respecto de un tiempo histórico del que se dispone de memorias vivas) está completa a menos que haya agotado las fuentes tanto orales como escritas, y que las fuentes orales son inagotable, el objetivo ideal de agotar "todas las fuentes posibles se torna inviable. El trabajo histórico que emplea fuentes orales es inconcluso por la naturaleza de las fuentes;

el trabajo histórico que excluye las fuentes orales (cuando son disponibles) es incompleto por definición.

¿Quién habla en la historia oral?

La historia oral no está donde las clases trabajadoras hablan por sí mismas. La afirmación contraria, por supuesto, no sería del todo infundada: la narración de una huelga mediante las palabras y los recuerdos de los trabajadores antes que los de la policía y la prensa (a menudo poco amistosa) obviamente ayuda (aunque no automáticamente) a balancear una distorsión implícita en esas fuentes. Las fuentes orales son una condición necesarias (no suficiente) para una historia de las clases no hegemónicas; son menos necesarias (aunque de ningún modo inútiles) para la historia de las clases dirigentes, que han tenido control sobre la escritura y dejan un registro escrito mucho más abundante.

No obstante, el control del discurso histórico permanente firmemente en manos del historiador. Es el historiador el que selecciona a la gente que será entrevistada; el que contribuye a modelar el testimonio formulando las preguntas y reaccionando a las respuestas; y el que le da al testimonio su forma publicada final y su contexto (aunque sólo sea en términos de montaje y transcripción). Aun aceptando que la clase trabajadora habla mediante la historia oral, es obvio que la clase no habla en abstracto, sino que le habla al historiador, con el historiador y, en la medida en que se publica el material, mediante el historiador.

En verdad, las cosas también pueden ser al revés. El historiador puede validar su discurso "ventriloquizándolo" por medio del testimonio del narrador. De modo que lejos de desaparecer en la objetividad de las fuentes, el historiador sigue siendo importante al menos como socio en el diálogo, a menudo como "director de escena" de la entrevista, o como un "organizador" del testimonio. En lugar de descubrir fuentes, los historiadores orales en parte las crean. Lejos de convertirse en meros voceros de las clases trabajadoras, los historiadores orales pueden estar usando palabras de otra gente pero seguir siendo responsable del discurso en general.

Mucho más que los documentos escritos, que a menudo llevan el aura impersonal de las instituciones que las han emitido —aunque, por supuesto, están formadas por individuos, de los cuales a menudo sabemos poco o nada—, las fuentes orales envuelven el entero relato en su propia subjetividad. Junto a la primera narrativa del entrevistado está la primera persona del historiador, sin el cual no habría entrevista. Tanto el discurso del informante como el del historiador están en forma narrativa, que con mucho menor frecuencia es el caso de los documentos archivísticos. Los informantes son historiadores, en cierto sentido; y el historiador es, en ciertos sentidos, una parte de la fuente.

Los tradicionales escritos de historia suelen presentarse en el rol de lo que la teoría literaria describiría como un "narrador omnisciente". Dan un relato en tercera persona de acontecimientos de los que no fueron parte, y que ellos dominan por completo y desde arriba (por encima de la conciencia de los participantes mismos). Parecen imparciales y desapegados, sin entrar nunca en la narrativa salvo para hacer comentarios laterales, a la manera de algunos novelistas del siglo XIX. La historia oral cambia la escritura de la historia del mismo modo en que la novela moderna transformó la escritura de ficción literaria: el cambio más importante es que el narrador ahora entra en la narración y es parte de la historia.

Esto no es sólo un cambio gramatical de la tercera a la primera persona, sino toda una nueva actitud narrativa. El narrador es ahora uno de los personajes y la narración de la historia es parte de la historia que se está contando. Esto implícitamente indica una participación política y personal mucho más profunda que la del narrador externo. Escribir historia oral radical, entonces, no es una cuestión de ideología, de tomar partido subjetivamente, o de elegir un conjunto de fuentes en lugar de otro. Antes bien, es inherente a la presencia del historiador en la historia, a la asunción de responsabilidad que lo inscribe en el relato y revela la historiografía como un acto autónomo de narración. Las opciones políticas se tornan menos visibles y vocales, pero más básicas.

El mito de que el historiador como sujeto podría desaparecer en la verdad objetiva de las fuentes de la clase trabajadora era parte de una visión de la militancia política como la aniquilación de todos los roles subjetivos en el del

activista dedicado, y como absorción en una clase trabajadora abstracta. Esto resultaba en una irónica semejanza con la actitud tradicional que veía a los historiadores como no implicados subjetivamente en la historia que estaban escribiendo. Los historiadores orales parecen ceder a otros sujetos del discurso pero, en realidad, el historiador se torna cada vez menos un "intermediario" entre la clase trabajadora y el lector y cada vez más un protagonista.

En la escritura de historia, como en la literatura, el acto de centrarse en la función del narrador hace que esa función se fragmente. En una novela como *Lord Jim* de Joseph Conrad, el personaje/narrador Marlow puede contar sólo lo que él mismo ha visto y oído; para contar la "historia completa" se ve obligado a incorporar a varios otros "informantes" a su relato. Lo mismo sucede con los historiadores que trabajan con fuentes orales. Al entrar explícitamente en la historia, los historiadores deben permitir que las fuentes entren en el relato con su discurso autónomo.

La historia oral no tiene un sujeto unificado; se la narra desde una multitud de puntos de vista y la imparcialidad tradicionalmente reivindicada por los historiadores es reemplazada por la parcialidad del narrador. Aquí "parcialidad" equivale a "lo inacabado" y "tomar partido": la historia oral nunca puede contarse sin tomar partido, ya que los "partidos" existen en el relato. Y, con independencia de sus historias y sus creencias personales, los historiadores y las "fuentes" difícilmente estén en el mismo "partido". La confrontación de sus particularidades diferentes —confrontación como "conflicto", y confrontación como "búsqueda de unidad"— es una de las cosas que hacen interesante a la historia oral.

Notas:

¹ Beniamino Placido en *La Repubblica*, 3 de octubre de 1978.

² Una excepción italiana es el *Istituto Ernesto De Martino*, una